

des que muestran los efectos de la miseria y el vicio; pero esos pobres seres, aún siendo muchos, sólo son un indicio de lo que era México cuando prácticamente no existía otro pueblo que el de esa misma clase. Si se quiere demarcar el progreso de un país, debe primeramente fijarse el punto de partida, trazar un curso y calcular las dificultades bajo las cuales ha tenido que atravesar. Pocos países del mundo han avanzado tan rápidamente como México durante el pasado tercio de siglo. La maravillosa mejoría realizada en cada línea de la industria, de la educación y de las condiciones sociológicas del pueblo, es la más elocuente frase de encomio, porque aún cuando las condiciones de las clases ínfimas de la República puedan ser aún míseras, tal como han sido descritas recientemente por ciertos editores de revistas, sin embargo, esas condiciones han mejorado notablemente en la última década y esa miseria en general es más aparente que efectiva, toda vez que los indios se han amoldado á su vida peculiar y no sufren con ella gran privación ó inconveniencia. En ellos es donde el gobierno ha tropezado con la más grave dificultad para mejorar las condiciones sociológicas del país. La masa común del pueblo tiene que ser impulsada; lo que admira es que tanto se haya logrado en un corto período. No es tarea fácil crear una clase media en el transcurso de una sola generación y esto se ha efectuado en México. Esta clase media sintetiza la palabra "industria." Es el resultante de la expresión viva de la modificación lograda en la situación industrial durante una generación. Es una fase en el desarrollo general durante el régimen de Díaz, sobre la cual nunca bastaría llamar la atención. Si aquellos que han hecho un medio de especulación el denigrar á México, hubiesen estudiado ese sólo aspecto del desarrollo de la República, cesarían de forjar cuadros tan falsos y distantes de la verdad sobre las condiciones en la actualidad existentes en México.

CAPITULO LV.

Industria y progreso.

El éxito general de la prosperidad de todo país depende principalmente del progreso de sus industrias. Una mirada retrospectiva á la historia de México durante el último tercio de centuria, ilustra este asunto del modo más claro, inequívoco y admirable. El México de ayer y el de hoy no parecen ser los mismos países. El verdadero motivo de todo el progreso hecho durante este período, se encuentra en el admirable desarrollo industrial y comercial del país. El último debe incluirse en el primero, pues toda la importancia que ha adquirido durante los últimos veinte años, depende exclusivamente de éste.

El año de 1876, cuando asumió el General Díaz provisionalmente la presidencia de la República, el país se encontraba apartado de toda participación en los asuntos del resto del mundo. á causa de su incompetencia manifiesta para arreglar los suyos propios. Había sido de tal modo desgarrado por las guerras civiles durante tanto tiempo, que era incapaz de defenderse contra las exacciones de otros países, que se amparaban con la excusa del desgobierno de la República, para ejercer presión por medio de la diplomacia.

Tan bajo había caído México en el nivel de las naciones, que pocas de ellas, excepto los Estados Unidos y las grandes naciones de Europa, se interesaban por mantener en su territorio agentes consulares ó diplomáticos. En otras palabras, estaba poco más ó menos que aislado en su posición entre las naciones.

Los Estados de la República y aún los mismos pueblos y ciudades, se habían puesto barreras unos contra otros en forma de impuestos locales, que tendían á obstruir el comercio y á impedir el desarrollo natural de las actividades de las varias comunida-

des que componían la nación. Iguales barreras anti-económicas había colocado la República entre sí misma y las naciones extranjeras, especialmente con los Estados Unidos, su vecino de mayor influencia. Todo esto tenía por resultado retardar y obstruir el desarrollo de las industrias del país, siendo de éstas de quienes dependía el progreso del mismo. Es, por consiguiente, de interés especial seguir el desarrollo que México ha logrado durante el último tercio de centuria y los esfuerzos que ha hecho para libertarse de las antiguas trabas coloniales, que había anteriormente insistido en conservar, á pesar de que se enorgullecía con llamarse República y se jactaba de sus principios é instituciones democráticas, la mayor parte de las cuales, existían solamente escritas en el papel y en la imaginación del partido liberal. Este se oponía, en tiempo de Juárez, á conectar México por medio de líneas férreas con los Estados Unidos, por temor de la intervención de su poderoso vecino del Norte en los asuntos del país; pues efectuando tal conexión, la capital de México no quedaba sino á dos ó tres días de la frontera del Norte.

No pudo tampoco ver el partido liberal cómo se podían arbitrar rentas para el sostenimiento de la administración de las ciudades, pueblos y Estados, si se suprimían las gabelas que entre ellos existían. También muchos del partido se oponían á permitir á los extranjeros á venir á la República en calidad de inmigrantes, temiendo que el país fuera invadido por americanos del norte, quienes, con el transcurso del tiempo, podían llegar en tanto número y ser tan poderosos, hasta lograr á pronunciarse en favor de la anexión de México á los Estados Unidos, como había sucedido algunos años antes en el caso de Texas.

Pero todas estas ideas y toda esta política han cambiado completamente durante la presidencia del General Díaz, quien desde los primeros años de su administración, se ha manifestado decididamente á favor del desarrollo de las industrias del país en



"MADONA" CUADRO DE DON ALBERTO FEUSTER.

todas direcciones y por todos los medios posibles. Siempre, en toda ocasión, ha alentado á los que han manifestado deseo honrado de fomentar las industrias y de adelantar los intereses del país. Millones de pesos han sido gastados por el Gobierno mexicano en subvenciones para el establecimiento de industrias nuevas dentro de las fronteras de la República; y á centenares de empresas nuevas se les ha concedido exención de impuestos por cierto período de tiempo. Como resultado de todo esto, las industrias de México han comenzado á asumir una importancia tal, que garantiza la esperanza de que serán, en un futuro próximo, tan activas como lo requieren la vasta extensión del país y el número de su población.

Para comprender la situación actual de las industrias de México, es absolutamente indispensable saber á cuán bajo nivel habían llegado todas las actividades industriales de la República cuando asumió la presidencia el General Díaz en 1876; pues el camino recorrido solamente puede apreciarse sabiendo cuál fué el punto de partida y cuáles han sido las dificultades que han tenido que vencerse en un espacio de tiempo dado; y si se conoce bien el punto de partida, y se toma debidamente en consideración, al igual que las dificultades que se han tenido que vencer, el juicio imparcial no puede ser otro, sino el de que México ha adelantado muchísimo en la senda del desarrollo de la industria nacional.

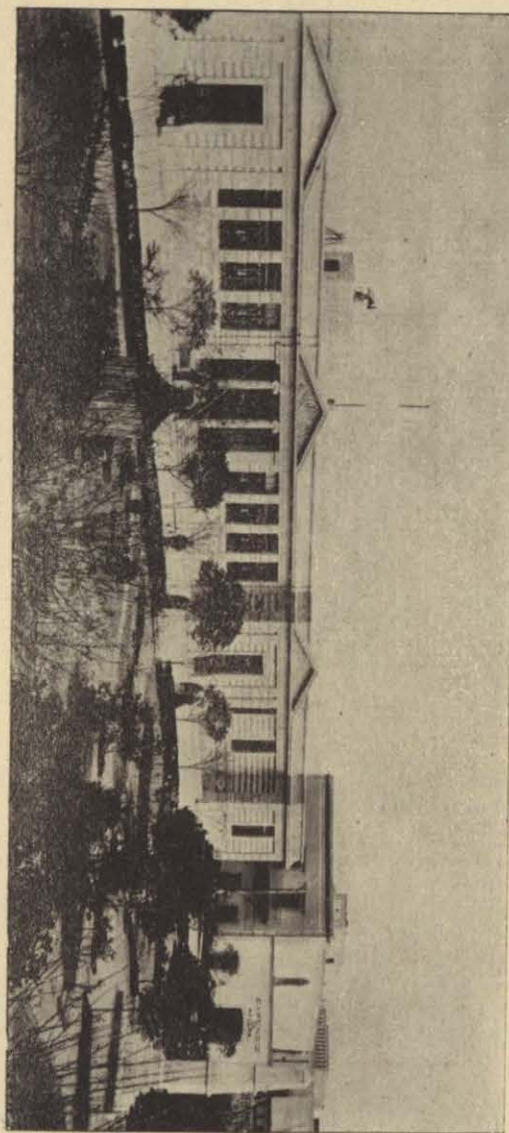
Los pocos bancos que poseía México en 1876 estaban prácticamente medio quebrados; y mantenían tal temor de las constantes revoluciones que perturbaban el país y de la condición de semi-anarquía prevaleciente, que era casi imposible obtener dinero de ninguno de ellos para ninguna empresa industrial, y mucho menos para una de naturaleza comercial. Este estado de cosas continuó por algunos años después que el General Díaz subió al poder; pues el sentimiento de desconfianza es muy difícil borrar en un pueblo ó en una nación. Efectivamente, hay aún miles de individuos en México hoy, que no pien-

san en confiar su dinero á un banco, aunque tengan muchos cientos de pesos en efectivo que guardar.

El año de 1897 habían 10 bancos autorizados en México, con un capital de poco más de 146 millones de pesos; y el año pasado había en la República 34 bancos autorizados, con un capital de más de 756 millones. Tenemos, pues, que el aumento en bancos autorizados durante ese tiempo, fué de 240 por ciento, y el aumento del capital de dichos bancos de 417 por ciento.

El comercio del país nos cuenta la misma historia. El año de 1876 las exportaciones de México llegaron, en números redondos, á 37 millones, mientras que las importaciones fueron de 27 millones de pesos. En 1909 las exportaciones habían aumentado á 231 millones, ó sea un aumento de 755 por ciento, y las importaciones á 156 millones, ó sea un aumento de 147 por ciento. Los presupuestos del Gobierno para los gastos de su administración, para subvenciones y para otros usos, muestran igual aumento. El presupuesto de 1876 fué de 25 millones de pesos solamente, en números redondos, mientras que en 1809 llegó á 98 millones, ó sea un aumento de 292 por ciento. Estos son aumentos enormes, posibles solamente en un país sin explotar como México, y que había sido retrasado en la carrera del progreso moderno por condiciones interiores especiales, debidas á métodos anticuados de gobierno y á las luchas civiles que habían tenido lugar dentro de sus fronteras durante más de medio siglo, antes de que lograra establecerse la paz, que es la que ha proporcionado oportunidad para el desarrollo nacional.

Pero hay otro punto de vista en este asunto que muestra también el gran desarrollo del país por la senda de la prosperidad nacional. Es el aprecio que en el exterior se tiene hoy por México, y sobre todo, el crédito que ha adquirido en el mundo de los capitalistas. Cuando el General Díaz tomó las riendas del poder en 1876, tuvo que pagar el doce por ciento anual por el poco dinero que obtuvo para cubrir ne-



ESCUELA NORMAL. SAN LUIS POTOSÍ.

cesidades imperiosas del Gobierno. Pero ni aún á este alto interés, estaban dispuestos los bancos de Europa á prestar cantidades grandes de dinero á la entonces inestable República.

Desde aquellos penosos tiempos para hoy, la mayor parte de la deuda pública de México ha sido consolidada bajo la base de cuatro por ciento al año. Esto significa un doscientos por ciento de aumento en la confianza pública hacia México de los mercados monetarios del mundo. Ahora, cualquier empréstito que el país desee obtener, es cubierto inmediatamente á un interés muy bajo. En otras palabras, el país que hace un tercio de siglo, era la desesperación del mundo financiero, goza hoy de la mayor confianza y crédito en todos los mercados monetarios de los Estados Unidos y de Europa. México ha dejado su pasado muerto y enterrado, y no se preocupa ya ni de hacerle las exequias.

Todo el mundo civilizado ha despertado ya al hecho de que México se ha conquistado un puesto entre las naciones progresistas y que rápidamente desarrollan sus industrias, y todos los países están hoy ansiosos de estrechar sus relaciones con él. El resultado de esto es, que la República ha logrado hacer tratados comerciales ventajosos con las naciones comerciales más adelantadas del mundo, que ahora se apresuran á enviar á la antigua tierra de los Motezumas, sus mejores diplomáticos y agentes consulares. Estos representantes son para hacer negocios; y el negocio es atender los intereses de los diferentes países, siendo de éstos, por cierto, no el de menor importancia, el de asegurarse cada cual la parte mayor posible del comercio del país.

Esto está en gran contraste con las condiciones que prevalecían en la República el año de 1876, cuando el diplomático más importante que entonces residía en México, ocupaba sus energías en crearse un nombre sacando avante negociaciones de naturaleza más ó menos obscura, en perjuicio de los verdaderos intereses de su propio país, que dejaba entera-

mente abandonados. Ahora las naciones progresistas de Europa, comprenden que deben enviar sus mejores representantes á México; pues la creciente importancia del país así lo requiere.

El aumento de la red ferroviaria de la República durante la administración del General Díaz, aumento principalmente debido al decidido apoyo y al estímulo dados por el Gobierno á los promotores y contratistas de ferrocarriles, muestra, quizá mejor que cualquier otro ramo de su progreso, el admirable desarrollo que ha tenido lugar en México durante el último tercio de centuria. El año de 1876 no habían en la República más que dos líneas de ferrocarriles, comprendiendo por todo 578 kilómetros. Al finalizar el último año fiscal, habían en México 78 líneas y ramales de ferrocarril, con una extensión total de 24,160 kilómetros, esto es, un aumento en el número de líneas de 3,800 por ciento, y en extensión de 3,087 por ciento. Estos son números que sorprenden, y constituyen la mejor refutación á aquellos escritores que vienen apresuradamente á México, permanecen unos pocos días ó meses aquí, regresan á su país y publican ligeramente sus impresiones acerca de la República.

El cuadro presentado por el impresionista, podrá ser muy interesante, como ha dicho un escritor francés; pero las relaciones del impresionista no merecen mucho crédito, por la misma razón de que es impresionista; lo cual implica que es el polo opuesto del investigador, que se dedica á estudiar con calma y paciencia las causas, las condiciones y los resultados de todo lo que vé. Desgraciadamente, los impresionistas andan desatados en México, y son tan numerosos y tan persistentes, y se han puesto tanto en evidencia, que con frecuencia han ahogado la voz de protesta del escritor sensato, que ha estudiado al país á fondo, y comprende todo el progreso que ha hecho, á pesar de innumerables y desalentadoras dificultades.



Salón de Monolitos.



Capilla Antigua, Teotihuacán.



Coatlíque, Madre del dios de la Guerra.



El Indio Triste.

VISTAS DEL MUSEO NACIONAL DE MÉXICO.